

Las historias de vida y la “Nueva” Nueva Historia: acerca del sujeto en la historiografía contemporánea (siglos XIX al XXI)*

*Varela Manrique, Luz Coromoto***
Dpto. de Historia de América y Venezuela
Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela

*Piedra Dávila, Abbys****
Investigadora independiente, Mérida, Venezuela

Resumen:

El sujeto histórico que protagonizaba la historiografía del siglo XIX era un sujeto singular y/o individual en investigaciones que privilegiaban los temas políticos, con interés especial en el Estado, en las guerras y revoluciones o en la vida y obra de personajes de alta importancia política o social. Durante el siglo XX, y hasta la década de los años ochenta, aproximadamente, el sujeto de las investigaciones históricas era un

* Este trabajo es producto de la línea de investigación que la profesora Luz Coromoto Varela Manrique desarrolla en el Seminario de tres niveles “Profesión Académica e Historias de Vida”, dirigido a tesis de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes. Como artículo fue culminado el 24-02-2012, consignado ante la revista para su consideración y evaluación el 13-03-2012 y aprobado por el arbitraje interno y externo de ella para su publicación el 07-11-2012.

** Licenciada en Historia, Posgrado en Ciencias Políticas, DEA en Historia de América, doctoranda por la Universidad Complutense de Madrid. Profesora de la Universidad de Los Andes, Escuela de Historia; adscrita al Departamento de Historia de América y Venezuela y miembro del Grupo de Investigación de Historia Social y Económica de Venezuela (GIHSEV). E-mail: luzcoromoto@yahoo.com.

*** Licenciada Historia (U.L.A.: 2012). Su Trabajo Especial de Grado, realizado bajo la dirección de la profesora Luz Coromoto Varela Manrique en el Seminario “Profesión Académica e Historias de Vida” y titulado: *William Lobo Quintero: Una Historia de Vida para Comprender la Profesión Académica en la Universidad de los Andes*, fue defendida en 2012.

sujeto colectivo. Incluso, en algunos trabajos desaparecía el sujeto; éste se diluía como parte de las luchas de clases sociales, de las estructuras económicas o de las mentalidades. Actualmente, se observa un retorno del sujeto singular individual en diversas investigaciones históricas. En este artículo intentamos resaltar la validez y pertinencia historiográfica de los trabajos con individuos, sobre todo, en la elaboración de las historias de vida de individuos comunes, entendiéndolos como sujetos singulares personales. Y definiendo a estos individuos como agentes históricos, capaces de accionar en la sociedad y transformar la historia.

Palabras clave:

Sujeto, sujeto histórico, sujeto singular,
sujeto colectivo, individuo, historias de vida.

Abstract:

The historical subject protagonized by Historiography of the XIX century was a singular and/or individual subject in which investigations about politic, with especial interest in the State predominated, in wars and revolutions or in the life and work of personalities of high social or political importance. During the XX century and approximately to the 80's decade, the historical research subject was a collective subject. In some works this subject would disappear; it would dilute as part of social class confrontations, of economical structures or mentalities. Actually, the return of a singular individual subject is observed in several historical researchs. In this article We intend to point out the validity of Historiographic pertinence of the work with individuals, emphasizing in the elaboration of History for common individuals, understanding them as singular personal subjects and defining these individuals as historical agents, capable of society auctioning, and They transform History.

Key words:

Subject, historic subject, singular subject,
individual, life histories.

1. Introducción

A comienzos del siglo XX el historiador norteamericano James Harvey Robinson (1863-1936) afirmaba que se estaba gestando una nueva historia; se refería este historiador a la necesidad de superar la historia predominantemente política e individualista que se había escrito durante el siglo XIX. Señalaba el trabajo de historiadores de distintos países, como el del belga Henri Pirenne (1862-1935), el del alemán Karl Lamprech (1856-1915), el del estadounidense Frederick Jackson Turner (1861-1932) o el del francés Henri Berr (1863-1954) (AURELL, 2005:160). No obstante, debieron transcurrir varias décadas, antes de que se consolidara, entre los historiadores, la idea de hacer investigaciones que trascendieran los estudios sobre la política y las élites.

La fundación de la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, por Marc Bloch (1866-1944) y Lucien Febvre (1878-1956) en 1929, en Francia, inauguró un proyecto sólido con una nueva forma de entender la historia, ampliando de forma disciplinar e integrada la visión de un nuevo sujeto-objeto de estudio histórico, más de orden colectivo y/o estructural. La influencia de *Annales* se hizo sentir y contribuyó a transformar el discurso histórico. Hubo otras tradiciones historiográficas a lo largo del siglo XX, las cuales también participaron de este cambio; pero posiblemente en América Latina, y seguramente en Venezuela, fue la escuela que más se hizo sentir al lado de las corrientes históricas marxistas y de las tendencia eclécticas de urdimbre propia¹.

A finales del siglo pasado XX se observaron retornos en las tendencias historiográficas. Aun cuando no se han abandonado los estudios que tienen como eje a sujetos colectivos —o simplemente, carecen de sujeto— parece renovarse el interés por sujetos relegados académicamente durante buena parte del pasado siglo XX, tales como el sujeto singular y/o el individual.

2. Algunos criterios metodológicos

En el presente artículo seguiremos el recorrido que el sujeto ha hecho desde el siglo XIX, con una inclinación entre los historiadores académicos hacia el estudio predominante de un sujeto singular o individual hasta la búsqueda de un sujeto colectivo durante la mayor parte del siglo XX; e incluso hacia la ausencia de un sujeto histórico, estrictamente entendido como tal, puesto que se desarrolló la tendencia a concebir al hombre como sujeto de fuerzas (económicas, sobre todo) más que como agente —accionante— de la historia. Veremos también cómo actualmente, hay un retorno hacia la búsqueda historiográfica de un sujeto individual como centro de variadas investigaciones históricas.

El objetivo es validar las historias de vida, tanto desde un punto de vista teórico como historiográfico. Esto es: intentamos responder a la cuestión de por qué es posible y aceptable hacer la historia de vida de un individuo, entendiéndolo como un sujeto singular personal y definiendo a este individuo no sólo como un actor; sino también como un agente histórico.

3. Términos básicos

Consideramos necesario aclarar el concepto que manejamos de algunas categorías con las cuales trabajaremos, tales como *agente histórico*, *actor*, *sujeto*, *individuo*, *sujeto singular* y *sujeto colectivo*.

El “actor histórico” cumple un papel en la historia que puede ser o no, un papel dirigente. Cumple un rol en el devenir histórico. Mientras que el “agente” cumple una función histórica activa. Es accionante, dirige o al menos tiene conocimiento de su lugar en el mundo. Sabe que no está solo, que es un ser social; pero tiene conciencia de su libre albedrío y puede actuar en consecuencia.

Desde diversos ámbitos de la filosofía moderna se entiende al “sujeto” como protagonista y eje de la historia, soberano y libre, “imperio

dentro de otro imperio”, fuente de todo valor y toda verdad, fundamento de sus pensamientos y de sus actos. (MUÑOZ, 2003: 824). Para fines de nuestro trabajo preferimos matizar esta definición partiendo de la noción de que

[El]... sujeto es producto de la interrelación entre su experiencia condicionada socialmente y la cultura en que vive ... se constituye en su devenir con los otros y condicionado también por su subjetividad ... pero es capaz de escoger soberanamente los fines y los valores que orientan su existencia (DELGADO TORNÉS, 2004: 52-53).

Entendemos que el sujeto es agente de la historia, en tanto “tiene conciencia de su libre albedrío y puede actuar en consecuencia”.

Concebimos al “individuo” como lo entiende la tradición humanista occidental. Es el ser humano idéntico a sí mismo, racional, dotado con ciertas características que le otorgan una relativa uniformidad a lo largo del tiempo y con cierto grado de autonomía.

El “sujeto singular” puede ser individual o institucional. Puede referirse a una persona —un ser humano— o a una abstracción, como a Dios o al Estado. El sujeto se hace “colectivo” cuando se ocupa de un agente institucional: un partido político, un sindicato, una institución religiosa. Por lo general en estos casos, el individuo se subsume. De igual forma sucede cuando se estudian las clases sociales o los grupos empresariales. En otras circunstancias; no solo el sujeto individual; sino el sujeto colectivo, también desaparece, como cuando se estudian las mentalidades, la estructura económica, las regiones históricas y las estadísticas demográficas, entre otros casos.

4. Tránsitos en la Historiografía

Al estudiar la historia de la historiografía se observan modificaciones en las formas de acercamiento, indagación, y análisis de los diferentes procesos o acontecimientos históricos. Esos cambios fueron

estimulados por su contexto histórico, como parte del cual debemos, además de las condiciones socioeconómicas y políticas, mencionar las formas de pensamiento predominante y las transformaciones técnicas del momento.

Durante la Edad Media, ya desde los primeros siglos de la era cristiana lo que pudiera llamarse *Historia* era la suma cronológica de las vidas de los reyes, la genealogía de sus dinastías y la descripción de algún hecho militar —muchas veces exagerados por la imaginación y sin mayor verificación de las fuentes—. La religión cristiana se había constituido en eje del pensamiento y de la vida occidental, por ello se historiaba, de forma primordial, asuntos relativos al ámbito religioso. En todo caso, el interés de los escritos de carácter histórico se centraban en la acción puntual de las autoridades monárquicas, en las secuencias genealógicas dinásticas, en la vida de los santos o en las disposiciones de los grandes jerarcas de la Iglesia. Pero los métodos empleados en el proceso de recolección y escritura de la producción historiográfica, en absoluto se aproximaban a lo que ahora se concibe como parte de la disciplina histórica. Por lo general, se trataba de crónicas que muchas veces se limitaban a describir, siguiendo la secuencia de los hechos a lo largo de los años. De allí que se denominaran *Annales* a las crónicas históricas que se escribieron durante esos siglos.

Por otra parte, se concebía que la humanidad estaba sujeta a las fuerzas providenciales, específicamente, a los designios divinos: “La Historia es un registro de los tratos de Dios con el hombre y con el resto de la creación. Así que, al tener un autor, la historia también tiene una dirección y un propósito” (SAMSON, 1994: 1). En esta concepción de la historia, el sujeto accionante (en tanto agente de la Historia) es Dios, mientras el hombre aparece como un actor sometido a fuerzas superiores.

Para entonces la Historia, como ciencia o disciplina con autonomía, aún estaba por fundarse. Para alcanzarse tal cometido era necesario el desarrollo previo de algunas técnicas claves para impulsar

investigaciones históricas. Algunas de estas técnicas fueron aportadas por la Paleografía, la Diplomática o la Archivística.

5. Nace la “ciencia” de la Historia

La formación del Estado moderno, a partir de los siglos XV y XVI, exigió del desarrollo de instituciones básicas para su funcionamiento. Una de ellas estaba constituida por los archivos públicos modernos, cuya organización en resguardo de la información institucional y jurídica validaba la existencia misma y la práctica de estas nuevas formas de organización política. En 1571, Jacob von Rammingen (1510-1582) publicó los primeros manuales sobre técnicas archivísticas. Durante los siglos XVII y XVIII surgieron nuevos métodos y técnicas que darían lugar al surgimiento de las llamadas “ciencias auxiliares de la historia”. La sistematización de estas técnicas y disciplinas contribuirán a fundar, posteriormente, la Historia como una disciplina autónoma y como un oficio.

Deben resaltarse los aportes del abate francés, Jean Mabillon (1632-1707), quien desarrolló una serie de reglas que permitieron autenticar los documentos —descartando los falsos— y datarlos, asentando así los principios de la crítica documental. Su obra principal *Res diplomatica* fue publicada en 1681. Como parte de la herramientas necesarias para lograr su cometido, Mabillon estudió la escritura de libros y documentos, estableciendo una sistemática distinción entre los variados estilos de escritura, pudiendo incluso ubicar el momento histórico de uso de diversos estilos. Así, Mabillon no sólo estableció las bases de la Diplomática sino también de la Paleografía.

Durante el siglo XVIII destacaba el discurso histórico de eruditos versados con amplitud en estudios literarios e históricos y cuya base técnica estaba constituida por las llamadas “disciplinas eruditas”: Filología, Diplomática, Sigilografía, Genealogía, Cronología, Paleografía, Heráldica, Papirología, Criptografía (CARDOSO, 1981:

137-138). A finales de ese siglo también se introducen los primeros seminarios de investigación en la Universidad de Gotinga, como una forma de complementar la labor docente en las diferentes áreas de conocimiento. Es así, como a comienzos del siglo XIX, se unen la enseñanza y las prácticas de las disciplinas universitarias a través del desarrollo de seminarios de investigación, en un compromiso que va a dar lugar, en primer lugar, a la ampliación de las funciones de la Universidad hacia la investigación además de la docencia y en segundo lugar —para los fines de nuestro interés— a la conformación de la Historia como disciplina autónoma.

La Historia, entendida como ciencia, es resultado de una práctica universitaria de investigación, instaurada específicamente gracias a los seminarios dirigidos por Barthold Georg Neibuhr (1776-1831) en la Universidad de Berlín, a partir de 1810 y combinada con la enseñanza de las disciplinas eruditas —consideradas posteriormente como “ciencias auxiliares de la historia”—. Es el empleo de tales disciplinas auxiliares lo que permitirá conformar el método histórico crítico. Como parte de ese, para entonces, renovador proceso de enseñanza a través de seminarios, se consolida la Historia como objeto de estudio e investigación de un grupo de profesionales especializados en la búsqueda del conocimiento histórico tras alcanzar un grado universitario.

La labor inaugurada por Neibuhr es consolidada por Leopold von Ranke (1795-1886), también en la Universidad de Berlín. Ranke lleva al máximo la confianza en los documentos escritos como fuentes inquebrantables de la Historia, consolidando la enseñanza de la investigación histórica a través de los seminarios y enfatizando en los temas de historia política, con un carácter narrativista.

De modo que la búsqueda de la profesionalización fue inspirada en la aceptación de un modelo que se suponía era más preciso y veraz; éste, el *método crítico*, se convirtió en sucedáneo del llamado método científico en las ciencias naturales. Por su medio los historiadores del siglo XIX pretendieron otorgar a “la historia el estatus de ciencia y

[orientar] su concepción del sujeto histórico hacia el hombre como parte del engranaje social” (CRISPIN, 2007: 481).

La historia del siglo XIX intenta ser “científica”, abarcando especialmente temas políticos, tales como la formación y organización de los Estados, las relaciones internacionales y aquellos referidos al ámbito militar: guerras, batallas y revoluciones. El siglo XIX fue el siglo de las revoluciones, de las guerras de independencia, del surgimiento de repúblicas, de caídas y restauraciones de monarquías, de la formación de nuevos estados —como Alemania e Italia en Europa— y de las jóvenes repúblicas en América. A medida que avanzaba el siglo se agudizaba la tendencia a escribir sobre estos temas, tendencia que incluía el interés por las altas autoridades políticas y militares, conductoras de estos procesos, es decir, aquellos hombres que tenían alto poder, privilegios y liderazgo dentro de la sociedad. Vemos pues, que en los escritos históricos decimonónicos se hace hincapié en la vida y obra de individuos que se desenvolvían en el ámbito social (como el religioso) y, sobre todo, en los medios político y militar. En tanto la Historia privilegiaba el estudio de las elites, tendía a centrar su interés en un sujeto singular (el cual podía estar conformado por instituciones tales como el Estado) o puramente individual. De allí la preferencia por las biografías, sobretodo, de los considerados como “grandes hombres”.

Voltaire (1694-1778), figura muy importante de la Ilustración durante el siglo XVIII ya se refería a este tema señalando que se debía escribir una historia diferente más allá de los protagonistas usuales; consideraba que era preferible “la historia de los hombres en vez de la historia de los reyes y de las cortes” (Citado por CASANOVA, 1991: 9). Era aquella una sociedad que comenzaba a abrirse a nuevos panoramas políticos como el liberalismo, el cual se expandía y empezaba a dominar como teoría y práctica política y económica en Europa y el mundo occidental. Recordemos que el liberalismo le da alta importancia a la libertad individual y la capacidad de decisión y de autonomía de los ciudadanos. De igual forma, también en el siglo XVIII, Christoph

Gatterer (1727-1799), de la Universidad de Gotinga, había sugerido que “la historia debía ampliar sus intereses, trascendiendo las biografías de los reyes y de las descripciones de las batallas” (GATTERER citado por AURELL, 2005: 160).

Recapitulando lo referido hasta el momento. Durante el siglo XIX —e incluso antes— el discurso histórico prevaleciente tenía como eje al individuo, conformando especialmente un sujeto político, varón y perteneciente a la élite; era un discurso descriptivo (con preferencia, sobre hechos puntuales) a través de un exposición narrativa. Y aparentemente, según la crítica que harán posteriormente los historiadores —especialmente los exponentes de la Escuela de *Annales*— sería una historia muy poco interpretativa. Sin embargo, ya para las últimas décadas del siglo XIX, algunos historiadores se negaban a limitar su interés histórico al tema político. Algunos autores trascendieron las inclinaciones que parecían dominar la escritura de la Historia; tal es el caso de Karl Lamprecht quien publicó en la última década del siglo XIX su *Historia de Alemania*, en la cual proponía una visión historiográfica interdisciplinar, que pretendía ir más allá de la historia puramente política, con el propósito de establecer leyes generales del desarrollo social que superaran un discurso histórico descriptivo centrado en asuntos singulares. Su propuesta significaba tal renovación del discurso histórico que fue acusado por sus colegas contemporáneos alemanes de ser “colectivista”, un calificativo realmente ofensivo para una época particularmente liberal (PLEJANOV, 2005: 22). De igual forma otros historiadores como Frederick Jackson Turner y Henri Berr, introducían en su obra la necesidad de incorporar, como objeto de estudio, aspectos culturales y económicos, aspirando a ir más allá de los que consideraban estrechos márgenes políticos que confinaban las investigaciones históricas.

Pese a la resistencia que, en la última década del siglo XIX y primeras del siglo XX, presentó una historiografía que ya se hacía tradicional, la disciplina histórica se veía obligada a cobrar fuerzas,

estableciendo estrechos lazos con las Ciencias Sociales, cuya vinculación inicial con la Historia las convertía en sus ciencias auxiliares –tal y como fueron consideradas las disciplinas eruditas a principios del siglo XIX. Entre aquellas encontramos la Sociología y la Geografía. La Sociología había sido creada por Auguste Comte (1798-1857), a partir de las ideas sobre la “física social” del Conde de Saint Simon (1760-1825), reelaboradas como parte del Positivismo (CASANOVA, 1991: 14) y desarrollada por sociólogos como Emile Durkheim (1858-1917) y Max Weber (1864-1920). Para Durkheim (1858-1917), la sociología debía ocuparse de investigar los fenómenos sociales en su totalidad, integrados como parte de un cuerpo social, en lugar de interesarse específicamente en las acciones individuales. Weber por su parte se ocupó de estudiar la influencia de la religión en las civilizaciones, elaborando, además, una penetrante teoría sobre el Estado y el monopolio de la violencia que fue fundamental en el desarrollo de la moderna Ciencia Política. La consolidación de la sociología como ciencia pasó entonces, por ampliar su campo de análisis al recurrir al estudio de “las historias de la civilización, las teorías del progreso, el estudio de la sociedad industrial de Saint-Simon y la nueva política económica” (CASANOVA, 1991: 18-19).

También durante el siglo XIX, se conformó un modelo teórico de la realidad y programa de acción política, por parte de Karl Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895), cuya influencia es muy tangible en la historiografía del siglo XX, sobre todo, tras su conversión en marxismo-leninismo con el triunfo de la Revolución rusa en 1917 y el desarrollo de las ideas del Lenin. La teoría marxista transforma completamente la Historia dominante en el siglo XIX, pues coloca como objeto de estudio a los medios de producción y las relaciones sociales que se desprenden del lugar que ocupen las clases sociales con respecto a la propiedad de aquellos medios. Estas relaciones sociales estarán marcadas por una lucha de clases que sería la que impulsará el curso de la historia. El sujeto histórico ya no será un individuo dotado de

autoridad o un sujeto singular pero institucional, como el representado por el Estado. Bajo la teoría marxista, la Historia se ocupará de la estructura económica representada por los medios de producción o el conflicto social expresado en la lucha de clases.

De modo que la ascendiente influencia de autores como Durkheim, a través de la sociología o de Marx y Engels, por la teoría marxista se hicieron sentir durante el siglo XX en el interés primordial de historiadores que se centraron en los sujetos colectivos que trascendieron el estudio de las élites políticas, a través de discursos que dejaban de ser cada vez más de orden narrativo y descriptivo para ocuparse de interpretaciones y análisis socioeconómicos.

De igual manera, los estadounidenses “intentaron interpretar el pasado con las mismas herramientas que éstas [las Ciencias sociales] utilizaban” (CASANOVA, 1991: 23-24). Se crearon revistas especializadas que tuvieron gran impacto hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX en las áreas sociales. Los historiadores “progresistas” norteamericanos pretendían una historia radical, fuera de lo común, pero a la vez muy similar a la ya existente desde el punto de vista del tratamiento de las fuentes y la aplicación del método histórico. Pero aspiraban a una historia que se nutriera de las Ciencias Sociales para analizar los aspectos económicos, sociales, geográficos y mentales que permitirían profundizar en el conocimiento histórico y en el desenvolvimiento del hombre en sociedad. Los aportes de Frederick Jackson Turner sobre la importancia de la expansión de la frontera hacia el oeste y la formación de una identidad e ideología igualitarias, basadas en la posibilidad de hacer extensiva la propiedad de la tierra, son significativos. (CASANOVA, 1991: 25). Se empieza a hacer, así, con más frecuencia, una historia que se ocupa de algo más que de la descripción de sucesos, incorporando conscientemente la interpretación y la explicación históricas (BOSCH, 2004: 1-2).

El hecho de que la Historia del siglo XX empezara a ocuparse de temas que incorporaran áreas de la sociedad, diferentes de la política,

como la economía, la geografía histórica, la mentalidad social, la estructura social, las luchas de clases, entre otras, tenía relación con las condiciones históricas del momento. Las transformaciones sociales y económicas tales como los extendidos procesos de industrialización y de desarrollo del capitalismo, el avance de las clases medias, la consolidación de los sindicatos, la extensión de los procesos de urbanización y conformación de nuevas regiones económicas, etc., los cuales exigían que se trabajara en una nueva historia capaz de trascender lo meramente político, acontecimental, elitista e individual. La Historia empezó a nutrirse no solamente de las disciplinas eruditas —básicas desde el punto de vista metodológico— sino también de las Ciencias Sociales, acercándose a la Economía, la Sociología, la Psicología, la Geografía, la Demografía, y ya más avanzado el siglo, la Antropología. Éstas se constituyeron en las nuevas ciencias auxiliares de la historia.

Como hemos afirmado antes, hubo dos tendencias historiográficas importantes —que no las únicas— cuya contribución fue decisiva para transformar la concepción de la historia en este sentido: el desarrollo del marxismo y el surgimiento de la Escuela de *Annales*, cimentada ésta, inicialmente, en la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, fundada en 1929, por Marc Bloch y Lucien Febvre.

Entonces durante varias décadas del siglo XX, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, se privilegió una historia cuyo sujeto era colectivo: el pueblo, las clases sociales o la lucha de clases; los grupos sociales o políticos, tales como los sindicatos, partidos políticos o gremios empresariales, entre otros; las actividades económicas o la estructura económica. El impacto de la escuela francesa de los *Annales*, (en cada una de sus generaciones), significó mucho para la historia como disciplina; pero no sólo por consolidar la transformación del discurso histórico, al ampliar su objeto de estudio; sino por el carácter de “programa historiográfico” que asumió la proyección de sus trabajos y de sus propuestas. Esta proyección fue posible, entre otros factores, por la difusión de la revista; por la creación de la Sexta Sección de la

“Escuela Práctica de Altos Estudios”, en París (1947), por parte de los historiadores de *Annales*; y por las importantes estancias de figuras representativas de *Annales* en países de América Latina, como Brasil y México.

No nos detendremos mayormente en esta Nueva Historia representada, primordialmente, por la historiografía *annalista*², más allá de señalar su carácter de programa renovador de una historia que debía superar, como objeto de estudio, el ámbito político; rechazar la narración descriptiva de hechos puntuales como forma de discurso; aspirar a una historia total; y trasladar su visión del sujeto histórico desde el individuo hacia las fuerzas económicas, las estadísticas demográficas, las relaciones entre el medio y el hombre o las mentalidades. Fue fundamental que se estimulara la investigación en pos de planteamientos que buscaran resolver “problemas históricos”, por lo cual el discurso pasó a ser, definitivamente, interpretativo y analítico. Hubo incluso críticas de quienes consideraban que el sujeto histórico se diluía, sumergido en medio de fuerzas históricas, cifras económicas o relaciones sociales que lo superaban. Al respecto, historiadores de *Annales*, como Fernand Braudel (1902-1985) afirmaban: “el problema no consiste en negar lo individual con el pretexto de que se ve afectado por las contingencias, sino más bien de superarlo, distinguiéndolo de fuerzas diferentes a él, reaccionando en contra de una historia arbitrariamente reducida al papel de héroes depurados” (BRAUDEL, 1991: 21).

Desde la historiografía marxista sucedió otro tanto con respecto a la visión o ubicación del sujeto como parte del discurso histórico. Al igual que con la historiografía *annalista*, la marxista otorgaba más importancia al proceso que al acontecimiento. El eje de esta historia girará alrededor de la economía, no de la política, pues ésta última sería consecuencia de aquella; según la teoría marxista, la política sería parte de la superestructura, que emergería a partir de una estructura económica específica. El lugar que se ocupe en torno a la propiedad de los medios de producción determinará la formación de las clases sociales,

razón por la cual, la historia –entendiéndola, no ya como disciplina sino como devenir histórico– se desenvolverá como producto de los conflictos entre ellas. Esto es, la lucha de clases, y con ellas la violencia, serían el motor de la historia. El sujeto de la historia pasaría a ser la lucha de clases, o principalmente, la estructura económica, de la cual se desprendería todo lo demás, incluido el conflicto social. En parte tienen razón quienes señalan que el marxismo oscurece al sujeto. A partir de la teoría marxista, puede cuestionarse la existencia de un sujeto mismo: no hay autonomía. El hombre no es soberano de sí mismo; su práctica y su pensamiento dependen de las relaciones que establezca con la estructura económica. El atributo de autonomía y la práctica de la libertad es condición *sine qua non* de la existencia misma del sujeto. En el marxismo historiográfico tradicional, con mucha más intensidad que en la corriente de *Annales*, desaparece el individuo, sometido casi totalmente por parte de su clase social, de la ideología o por las fuerzas económicas y la lógica del capital:

Los partidarios de Marx y Braudel han sido acusados (no por primera vez) de dejar a la gente fuera de la historia e incluso de ser ‘ahistóricos’ por estudiar estructuras inmóviles a expensas del cambio a lo largo del tiempo. Aunque en general esas acusaciones son exageradas, los intentos de combinar el análisis estructural con el análisis histórico, generan problemas que exigen discusión, sobre todo la oposición entre el determinismo y la libertad (BURKE, 2007: 196).

Pero este sujeto, representado como parte de colectivos e incluso subsumido por las fuerzas económicas o por la ideología, podía reaccionar –se esperaba eso– restituyendo su condición de “ser soberano y libre”, con diversos grados de autonomía; podía hacer sentir su anhelo de libertad, su proyecto emancipador en tanto era dueño de sí, señor de la naturaleza y de la historia. Seguía siendo, pues, el mismo sujeto moderno, aquel que podía confrontar el mundo y sobre el que se levantaba la vocación emancipadora de la modernidad.

6. La crisis de la Historia

Durante la segunda mitad del siglo XX fue imponiéndose en sectores del mundo académico representativo de la filosofía, cada vez más, la convicción del fracaso del proyecto emancipador de la modernidad, convicción acentuada por la caída del Muro del Berlín y la disolución de la Unión Soviética. Se coincidía así, “con la evidencia creciente de las limitaciones internas (epistemológicas, científicas) y externas (sociales, política, éticas) con que habían tenido que ir encontrándose los grandes proyectos filosóficos modernos, esencialmente, relacionados todos ellos —en una u otra modulación— con el primado del Sujeto, o de la conciencia, o de la subjetividad fundamentante y constituyente, etc.” (MUÑOZ, 2003: 824).

El pensamiento posmoderno, proclama, en consecuencia, la “muerte del sujeto”, lo cual impele a “centrar la investigación en instancias diferentes del Sujeto (tanto de si como tal se entendía el Sujeto del saber, o la Humanidad como sujeto de la Libertad y/o de la Historia)” (MUÑOZ, 2003: 824). Como resultado implosionan importantes parcelas de las Ciencias Sociales y la Historia. Las décadas de los años setenta, ochenta y noventa —dependiendo de las tradiciones historiográficas en los distintos países— se convierten en años de dudas y cuestionamiento sobre la pertinencia de aquellas investigaciones históricas, centradas sobre todo en sujetos colectivos, muchas de ellas con una —no muy disimulada— intención política emancipadora.

El tema empieza a replantearse: ahora el sujeto “pasa a ser concebido como efecto y no causa, producto y no productor, efectuado y no constituyente” (MUÑOZ, 2003: 824). Pensadores posmodernos proponen una reconstitución lingüística del sujeto. Sin ánimos de adentrarnos en el territorio de la Filosofía Analítica, es necesario recordar a Wittgenstein (1889-1951) cuando ya en la primera mitad del siglo afirmaba: “el sujeto pensante, representante, no existe” – frente al “cogito, ergo sum” de Descartes, en parte sustento de la modernidad: “pienso, luego existo”. Según Wittgenstein, el Yo entra en la Filosofía,

porque “el mundo es mi mundo”. De esto se desprende que “el hecho de que el ‘mundo sea mi mundo’ es cosa que viene a mostrarse ‘en que los límites del lenguaje (el único lenguaje que yo entiendo) significan los límites de mi mundo’.” (MUÑOZ, 2003: 825). Simplificando bastante: el lenguaje determina al hombre. Más aún: Soy lenguaje. El sujeto no se ha diluido en el lenguaje. Simplemente no existe. Existe en tanto el lenguaje lo reconstituya.

La posmodernidad desarrolla esta línea de pensamiento, trasladando sus consecuencias a las Ciencias Sociales y afectando “de muerte” al pensamiento histórico. Niega la función educativa del pasado, las posibilidades de que la historia pueda enseñar algo con carácter universal, o al menos, de orden general. No hay *nexus* histórico, algo que una a la humanidad de manera uniforme e idéntica. No hay “una condición humana estable e inteligible, algún orden y significado inherente visible en características recurrentes, *un individuo idéntico a sí mismo* y la interrelación del cambio y la continuidad” (BREISACH, 2009: 201).

Por otra parte, al otorgársele una posición fundante al lenguaje éste se convierte en fuente de verdad. Roland Barthes (1915-1980), semiólogo estructuralista francés, considera que la palabra es un acto de fundación solemne. No habría diferencia sustancial entre una obra de ficción y una obra histórica. En las dos operaría de igual modo la imaginación. Y fuera del texto no habría una realidad fielmente representada.

Para Barthes el discurso histórico es esencialmente un producto ideológico o imaginario, “si entendemos por imaginario el lenguaje gracias al cual el enunciante [el historiador, sujeto vacío de la enunciación] de un discurso (entidad puramente lingüística) ‘rellena’ [al elaborar el discurso] el sujeto de la enunciación (entidad psicológica o ideológica) (BARTHES, 1987: 174). El sujeto, pues, se reconstituye lingüísticamente.

A partir de esta asunción, puede dudarse de la noción de hecho histórico. Barthes (1987) cita a Nietzsche:

No hay hechos en sí. Siempre hay que empezar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho... [Recuerda que:] A partir del momento en que interviene el lenguaje (¿y cuándo no interviene?) el hecho sólo puede definirse de manera tautológica: lo anotado procede de lo observable, pero lo observable—desde Herodoto, para el que la palabra ya ha perdido su acepción mítica—no es más que lo digno de memoria, es decir, merecedor de ser anotado (p. 174).

Esto es: el hecho histórico sólo tiene una existencia “lingüística (como término de un discurso)”. Sin embargo, se le considera “como si esa existencia no fuera más que la ‘copia’ pura y simple de otro existencia situada en un campo extralingüístico, la ‘realidad’.” (Barthes, 1987: 175).

De aquí es posible negar la objetividad histórica: ésta, a nivel del discurso, “aparece como una forma particular del imaginario”. Y la elección del “sujeto apersonal” no sería más que “un truco retórico” (Barthes, 1987: 168-169).

Hay otros autores de quienes deberíamos, al menos, destacar sus nombres, tales como Michel Foucault y Jacques Derrida, cuyas obras son vitales para quien desee adentrarse en las relaciones entre literatura e historia en el contexto del pensamiento posmoderno, Pero no los reseñaremos por razones de espacio y dada la intención del presente artículo: hacer un muy somero recorrido histórico en pos del sujeto en la historiografía contemporánea.

Si nos referiremos a Hayden White (1928), filósofo e historiador, uno de los más brillantes pensadores de las humanidades, quien; sin negar la existencia del conocimiento histórico, considera el registro del conocimiento de la ficción y el registro del conocimiento de la historia enlazados por un elemento común: la imaginación, convirtiendo las dos formas de relato en textos de ficción. En este sentido mantiene una

afinidad fundamental con Roland Barthes: el hecho histórico – y con éste, el sujeto sólo tiene una existencia lingüística. Su mirada textualista convierte a la Historia en una producción de conocimiento de la misma naturaleza que el de la narrativa de ficción (White, 1998: 13-51). La conclusión que se extrae de sus ideas refuerza la mirada posmoderna: *el sujeto no existe, existe en la medida en que se escriba [se ficcione] sobre él.*

7. Respuestas ante la crisis

En las décadas de los años setenta y ochenta, *Annales*, ya en su tercera generación³, asimiló, en la figura de algunos historiadores, la influencia de los estructuralistas franceses, y se hizo partícipe de las corrientes narrativistas en la Historia. Pero en 1989, en el marco de la celebración del sesenta aniversario de la Escuela y después de fuertes críticas por parte de otros historiadores que defendían el estatuto científico de la Historia y su función política emancipadora, se produjo el llamado '*Tournat critique*'. Jacques Le Goff escribió el editorial de la revista en el número correspondiente al mes de diciembre de 1989, que inició, al menos desde *Annales*, la recuperación del sujeto histórico. Se advierte en el editorial sobre los riesgos de una historia inmóvil que olvida el cambio, resalta la necesidad de volver a la historia-problema propuesta por Lucien Febvre y rescata la necesidad de las explicaciones, como reacción al neopositivismo, característico de las corrientes textualistas, que asumen, como modo de exposición el relato narrativo. El editorial reafirma también la necesidad de continuar haciendo historia económica y social, revitalizando la aspiración a una historia total (LE GOFF, 1989).

Pero ni este 'giro crítico' ni la prevención de muchos historiadores logró contener el avance de las tendencias narrativistas, acentuándose las dudas sobre la objetividad del trabajo historiográfico, de la posibilidad de una historia total y de las funciones emancipadoras de la historia como contexto imprescindible del sujeto histórico. Sobre todo fueron acentuándose las dudas y el debate –siempre presente a lo largo de

todo el siglo XX– sobre la objetividad de la Historia y de las Ciencias sociales, dudas originarias y fundamentales, desde distintas áreas de las Ciencias Sociales, de la filosofía e, incluso – consideramos que de modo determinante– desde la Física cuántica. Para estos momentos del siglo XXI el debate parece haber sido “ganado” por los subjetivistas, acentuándose de forma preeminente la importancia que empiezan a cobrar las investigaciones cualitativas, guiadas por el paradigma emergente que pone en cuestión la noción de “verdad” en todas la ciencias⁴, y por supuesto, en la Historia.

Con respecto a la defensa historiográfica del sujeto histórico con una función eminentemente emancipadora, debemos referir la posición del *Manifiesto Historiográfico* de Historia a Debate, propuesto por Carlos Barros, de la Universidad de Santiago de Compostela, discutido, aprobado y publicado en la red el 11 de septiembre de 2011 por un cuerpo de trabajo internacional de 23 historiadores⁵. El *Manifiesto* partía de la convicción de que –tras la crisis de la historia– se vivía una “transición histórica e historiográfica de resultados todavía inciertos”. La red de Historia a Debate, como tendencia historiográfica, proponía la conformación de un “paradigma común y plural de los historiadores del siglo XXI que asegure para la historia y su escritura una nueva primavera”.

El documento consta de 18 propuestas metodológicas, historiográficas y epistemológicas. La primera de ellas, de orden metodológico, se refiere directamente a la necesidad imperiosa de rescatar la Historia como una “**Ciencia con sujeto**: Ni la historia objetivista de Ranke, ni la historia subjetivista de la posmodernidad: una ciencia con sujeto humano que descubre el pasado conforme lo construye”. Sin dudarle, dejaba de lado “el objetivismo ingenuo heredado del Positivismo del siglo XIX; sin caer en el radical subjetivismo resucitado por la corriente posmoderna a finales del siglo XX”. El Manifiesto mostraba su inquietud ante la crisis histórica, tomaba posición ante temas fundamentales del conocimiento histórico y se mantenía abierto a su discusión y posterior reformulación.

El *Manifiesto* ha sido respaldado, con su firma, por cientos de historiadores de distintos países y publicado en numerosas revistas académicas de Historia incluida *Presente y Pasado*, de nuestra Escuela de Historia (2003). Actualmente se esperan nuevas deliberaciones para continuar avanzando en la propuesta historiográfica.

Para los fines últimos de este artículo: resaltar la validez y pertinencia historiográfica de las historias de vida, consideramos necesario resaltar un punto del *Manifiesto* que nos compete directamente: el 5to, apartado 'Metodología', titulado "Contra la fragmentación". En éste se destaca que el fracaso de la 'historia total', "abrió la vía a una fulgurante fragmentación de temas, métodos y escuelas, acompañada de crecimiento y caos epistemológico". Como alternativa deben avanzarse "nuevas formas de globalidad que hagan converger la investigación histórica atravesando espacios, géneros y niveles de análisis". Por lo tanto, deben explorarse alternativas de investigación en:

...[L]íneas mixtas de estudio en cuanto a fuentes y temas, métodos y especialidades; incorporación a la historia general de los paradigmas especializados más innovadores ... servirse de las nuevas tecnologías para trabajar a la vez con escritos, voces e imágenes, juntando investigación y divulgación; impulsar la reflexión y el debate, la metodología y la historiografía, como terreno común a todas las especialidades históricas y punto de contacto con otras disciplina. (HaD, 2001, <en línea>)

8. Las historias de vida

Debemos señalar que las *historias de vida* elaboradas por historiadores responden —aunque para algunos resulte paradójico— a esa búsqueda de alternativas en investigación, en las cuales confluyen cada uno de los elementos mencionados en la anterior cita, tomada del punto "Contra la fragmentación" del *Manifiesto* de HaD.

Podría aducirse que el trabajo con historias de vida es, precisamente, expresión y consecuencia de la explosión de la historia

total en mil fragmentos. Sería uno de esos cascajos gravitando entre la Antropología, la Sociología y la Historia. Preferimos asumir dicho trabajo como una respuesta, entre muchas, a la crisis de la historia y a la cuestión planteada por el descentramiento y la muerte del sujeto. El sujeto se fragmenta, o bien muere, o bien se reconstituye lingüísticamente. O bien, se reconstruye oral e individualmente. Y entendemos que esa reconstrucción individual permite comprender la sociedad en que se ha desenvuelto este sujeto.

Peter Burke, refiriéndose a las reacciones ante la mirada posmoderna en la historiografía, afirma que “en la última generación ha habido un rechazo contra la preponderancia de los diferentes tipos de explicaciones estructurales”. Alude, entre otros tipos, a la crítica literaria estructuralista de Roland Barthes y a la versión estructuralista del marxismo, de Luis Althusser (1918-1990). Recuerda el caso del sociólogo francés Alain Touraine (1925) quien ha propiciado el ‘retorno del actor’ como esencial para el estudio de los movimientos sociales, tema central, actualmente, en la Sociología. De igual forma cita al antropólogo norteamericano Jonathan Friedman, quien critica “las versiones de la globalización ... que hablan de la mezcla de cultura. ‘Las culturas no fluyen y se mezclan una con otra’, dice, pero los actores ven el mundo desde esa perspectiva” (BURKE, 2007: 196).

Jacques Le Goff, años antes, había estudiado los retornos en la historiografía francesa destacando tanto el regreso del sujeto como el del individuo. Señala Le Goff que “el retorno del individuo emerge no solo frente a las estructuras y los modelos abstractos, sino a los personajes colectivos de la historia social, grupos, categorías, clases, masas, etc”. Y responde como una reacción a “las diferentes formas de determinismo que se imponen” en los dominios de la Sociología y la Historia. Recuerda que tanto el retorno del sujeto como el del individuo en la Sociología, deben ser objeto de atención por parte de los historiadores, a quienes, sin embargo, advierte sobre la necesidad de trabajar con la noción de

sujeto pero desde “su propio campo [pues, el historiador] tiene necesidad de otro utillaje conceptual” (LE GOFF, 1997: 35-44).

Vale la pena referir otra reflexión que Le Goff hace en este trabajo sobre el “actuar” y las posturas del historiador ante su propio oficio y su obra. Recuerda a Michel Certeau (1925) y a Michel Foucault (1926-1984) cuyas obras han influido en los historiadores para “tomar conciencia del acto de hacer historia y decir desde dónde habla el historiador”, asumiendo honestamente y de buen grado, la ausencia de objetividad. Además, aceptar que el historiador “es el productor del hacer histórico y no un actor de la historia objetiva, vivida, sino un actor del acto historiográfico, me parece un progreso de la historiografía” (pp. 42-43). Cuando un historiador trabaja con historia oral, y registra el relato, construye, junto al testificante, la historia de vida. El historiador no es un ser inocente que se limita a recoger una información que ‘está suspendida’ esperando por él. Al contrario, está dotado de una intencionalidad firme que impulsa todo su proyecto de investigación. En este sentido, la posmodernidad ha sido capaz de mostrar de forma efectiva la responsabilidad directa por parte del historiador en el acto de construir-escribir Historia.

Al retomar las respuestas ante la crisis de la historia, debemos recordar que desde sectores partícipes de la modernidad, ya en las dos últimas décadas del siglo XX, la historia académica había empezado a recuperar el interés por los sujetos individuales; pero no por los pertenecientes a las élites más poderosas de una sociedad; sino por los sujetos “comunes”. El proceso fue muy lento, incluso actualmente hay historiadores que disminuyen la importancia de las historias con sujetos singulares, especialmente en las historias de vida. Los estudios en torno a sujetos individuales realizados con fuentes orales surgieron en el ámbito de la Sociología y de la Antropología y fueron penetrando en la disciplina histórica, especialmente con el surgimiento de la Escuela de Chicago y sus estudios sobre los delinquentes y marginales, en la década de los años treinta del siglo XX. Pero después de la Segunda Guerra Mundial

se impusieron en las Ciencias sociales y, en consecuencia, en la Historia, las investigaciones cuantitativas, en un afán por hacer una ciencia con los supuestos niveles de legitimidad que podía otorgar el trabajo con números, cuadros y series estadísticas. Fueron entonces relegados los estudios con fuentes orales y de carácter cualitativo en general.

La revulsión contra la historia estructural, economicista y cuantitativa no sólo dio entrada a las respuestas posmodernas. También permitió recuperar el interés por trabajos con sujeto individuales realizados con metodologías cualitativas. La historia es la recuperación del pasado, y al igual que la sociedad y los grupos colectivos, los hombres y mujeres comunes poseen un cierto grado de uniformidad a lo largo de sus vidas, tienen memoria y conciencia de sus experiencias. Esto les dota de pasado y como parte de este pasado tienen una historia.

Una de las primeras corrientes historiográficas occidentales que se interesó por este nuevo sujeto singular e individual fue la historiografía marxista británica, con su interés en estudiar el mundo de los de "abajo", especialmente a través del acercamiento a la vida de la clase obrera británica. Era historia social, más que historia económica, tan al uso de otras tradiciones históricas marxistas. En este sentido, al igual que en otros, esta historiografía fue renovadora. Entendía que los sujetos "de abajo" son también actores históricos activos, agentes creadores de historia (KAYE, 1989)⁶.

Así, el ser humano singular se ha empezado a convertir en un eje primario destacado para el estudio de la sociedad; no ya de modo especial para la Sociología; sino también para la Historia. Por otra parte, de la Antropología, la historia ha adoptado el acercamiento personal, el trabajo etnográfico.

En Venezuela, como parte de una nueva manera de entender la historia, de hacer una *nueva* nueva historia empezó a interesar la historia de estos sujetos individuales, al lado de esas historias cuyos ejes, con sujetos colectivos o sujetos singulares institucionales, siguen siendo de interés mayoritario para los historiadores en nuestro país.

Muy paulatinamente han ido cobrando importancia las historias de vida como una manera más de hacer historia.

Desde que los grandes relatos que dotaban de sentido a la realidad histórica empezaron a vaciarse de sentido, fragmentándose, ha habido una rehabilitación de la acción individual. Las historias de vida forman parte de esa *nueva* nueva Historia, que logra consolidarse cuando va más allá de la historia de las mentalidades colectivas y de la historia de estructuras, rechazando formar parte de esa historiografía por la cual: "Siendo el individuo una parte anónima de un colectivo, el ser humano individuo era ampliamente desvirtuado como agente efectivo de la historia" (BREISACH, 2007: 202).

Como puede observarse, el principal referente filosófico y cultural de esta *nueva* nueva historia es el individuo, referente que; sin negar de forma rotunda la búsqueda de la objetividad (al menos, la que pueda aportar el rigor metodológico), acepta la presencia de la subjetividad y prefiere una vez más dejarse guiar por la imaginación de la reconstrucción histórica. Emerge, así, un ser individual, desde abajo, que no es responsable de una gran narración ni menos de un megarrelato. Sólo es responsable (y eso, en corresponsabilidad con el historiador) de su pequeño relato, que lo reconstituye como un ser histórico. Un sujeto singular que forma parte de la historia y es consecuencia de una historia; pero el cual también hace su historia y la de quienes lo rodean.

Definitivamente, esta *nueva* nueva Historia deja de ser parte de las estructuras y de los sistemas para pasar "a ser de los hombres y mujeres de carne y hueso, que construyen la sociedad en y con su actividad cotidiana" (PARRA SANDOVAL, 2008: 23). El rescate del sujeto de manera individual en su condición social "refiere a las relaciones intersubjetivas, cargadas de saberes tanto como de emoción" (PARRA SANDOVAL, 2008: 23). En este sentido, estas investigaciones participan una vez más del paradigma emergente cualitativo, frente al paradigma mecanicista, aceptando sin temor los estudios sobre individuos, concediendo valor a la oralidad, a

los recuerdos y al rescate de la memoria y la participación activa del investigador en la etapa de producción de conocimiento (durante la recolección del relato oral), tanto como en el producto final (la redacción de la historia de vida).

La meta principal de esta historia, escrita en forma narrativa; pero con importantes elementos interpretativos, es la de “construir un relato coherente basado en el rigor documental [documentos orales o escritos]” (AURELL, 2005: 139). Hay que tener en cuenta que con el relato se “consigue recuperar su correspondencia con la temporalidad humana porque se refiere a la acción global de la persona en el tiempo y no a un único aspecto de esta acción” (AURELL, 2005: 137).

Ahora bien, en nuestro caso personal y profesional, debido a la formación histórica recibida que refuerza la necesidad de escribir un discurso con carga interpretativa, preferimos no hacer a un lado del todo, el análisis histórico. Por ello, con nuestro trabajo intentamos aprehender un relato para luego enmarcarlo como parte de una historia que lo incluye, buscando una interpretación. Del relato hay que tener en cuenta, que es un “amplio recorrido en la vida de una persona donde los hechos cronológicos son el hilo conductor” (MALLIMACI y GIMÉNEZ BÉLIVEAU, 2006: 1, <en línea>). De modo que cuando, como parte de nuestro trabajo, recogemos el testimonio del sujeto en estudio a través de una entrevista, esta produce, después de su transcripción, un relato de vida. Pero no aceptamos que éste sea la historia de vida *per se*. Esta última la construimos tomando como base el relato del sujeto; pero ese relato, —que se transcribe fielmente y se incorpora como parte de la presentación general de la investigación— debe ser confrontado con otras fuentes orales, con documentos escritos e imágenes. Debe además ser interpretado o, al menos, contextualizado; pues este individuo, este sujeto, es un actor histórico que forma parte de una compleja historia que lo influye; pero que a su vez es influida por él.

9. Para concluir

Debemos recordar que la historia de un sujeto singular es la historia de un actor histórico; no de un sujeto pasivo arrastrado por las fuerzas de la historia. Insistimos, es la historia de un agente creador, capaz de transformar la sociedad a través de sus aportes, de su trabajo, de su participación social, colocando su granito de arena en el engranaje y construcción de una sociedad. Desde esta perspectiva y visión del individuo como sujeto, actor e, incluso, agente de la historia es que nos acercamos al testimoniante singular para recoger su relato y construir su historia de vida, como un aporte al conocimiento histórico de nuestra sociedad.



Fernand Braudel



Michel de Certeau



Hayden White

Notas:

- ¹ Las tendencias eclécticas son explicadas por Germán Carrera Damas en su artículo "Historiografía" publicado en el *Diccionario de Historia de Venezuela* de la Fundación Polar, 1997.
- ² Puede verse un resumen explicativo sobre las primeras generaciones de *Annales* en: VARELA MANRIQUE, Luz Coromoto, "Una mirada historiográfica sobre un texto de historia para la educación media en Venezuela: El manual de Arias Amaro" (2008). *Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales*, Nº 13, (Mérida, enero-diciembre): 217-2143.
- ³ Véase la obra de algunos destacados estudiosos de las distintas generaciones de *Annales*: Peter Burke, Carlos Barros y Carlos Aguirre Rojas, referida, parte de ella, en la bibliografía.
- ⁴ Para estudiar el tema de la nueva ciencia y el triunfo del paradigma cualitativo emergente frente al paradigma mecanicista, véase la obra de Miguel Martínez Miguellez referida en la bibliografía.
- ⁵ Luz Coromoto Varela Manrique, coautora de este artículo, forma parte del Consejo Consultivo de HaD, y es miembro del Grupo de Trabajo que deliberó sobre el borrador inicial, para producir el *Manifiesto Historiográfico* publicado en la red en 2001.
- ⁶ Algunos de los más representativos exponentes de la historiografía marxista británica son Eric Hobsbawm (1917-2012) y E. P. Thompson (1924-1993), entre otros.

Bibliohemerografía

- AGUIRRE ROJAS, Carlos (2008). *Antimanual del mal historiador o ¿Cómo hacer una buena historia crítica?* Caracas: El perro y la rana.
- _____ (2004). *La Escuela de Annales. Ayer, hoy, mañana*. México: Era.
- AURELL, Jaume (2005). *La escritura de la memoria*, Valencia (España), Universidad, PUV.
- BARTHES, Roland, (1987). "El discurso de la Historia". En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona (España): Paidós, págs. 163-177.
- BARROS, Carlos (1991). "El 'tournant critique' de Annales", *Revista de Història Medieval*, Valencia, Departament d'Història Medieval, Nº 2, págs. 193-197. [Versión electrónica consultada en www.h-debate.com].
- BOSCH, Aurora (2004). "Frontera agraria y frontera urbana en los Estados Unidos. 1890-1920". *Estudis d' Història agraria*, Nº 17, (Barcelona, España).
- BRAUDEL, Fernand (1991). *Escritos sobre historia*. Madrid: Alianza.

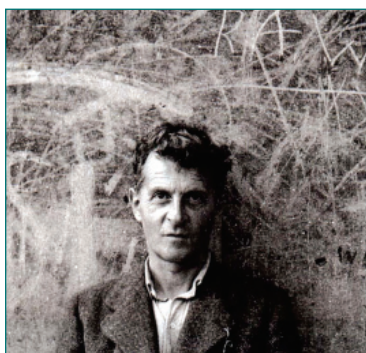
- BREISACH, Ernst (2009). *Sobre el futuro de la Historia*, Valencia (España): Universidad, PUV.
- BURKE, Peter (2007). *Historia y teoría social*, Buenos Aires: Amorrortu.
- BURKE, Peter (2006). *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de Annales (1929-1989)*. Barcelona (España): Gedisa.
- DELGADO TORNÉS, Alisa N. (2004). "Subjetividad, representación e identidad", *Santiago*, 105, (Santiago de Cuba), págs. 52-53.
- CARDOSO, Ciro (1981). *Introducción al trabajo de la investigación histórica*. Barcelona: Crítica.
- CASANOVA, Julián (1991). *La historia social y los historiadores ¿Cenicienta o Princesa?* Barcelona (España): Crítica.
- CARRERA DAMAS, Germán (1997). Voz: "Historiografía". En *Diccionario de Historia de Venezuela*. Vol. 2. Caracas: Fundación Polar.
- CRISPIN, Nara Victoria (2007). "El lugar de producción de la historia: el sujeto histórico de Michel de Certeau". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Nº 34, (Bogotá).
- HISTORIA A DEBATE (2003) "Manifiesto". *Presente y Pasado. Revista de Historia*. Año 8, Volumen 8, Nº 15.
- KAYE, Harvey J. (1989). *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- LE GOFF, Jacques (1997). "Los retornos en la historiografía francesa actual". *Prohistoria*, 1, 1 (Rosario, primavera), págs. 35-44.
- LE GOFF, Jacques (1989). "Nota editorial", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Año 44, Nº 6, (Paris, noviembre-diciembre).
- MALLIMACI Fortunato y GIMÉNEZ BÉLIVEAU, Verónica (2006). "Historias de vida y método biográfico". En *Estrategias de investigación cualitativa*, Barcelona (España): Gedisa. [Versión electrónica en <http://www.ceil-piette.gov.ar/investigadores/fmallimacipub/2006chist.pdf>]
- MARTÍNEZ MIGUELLEZ, Miguel (1999). *La nueva ciencia: su desafío, lógica y método*. México, Trillas.
- MARTÍNEZ MIGUELLEZ, Miguel (2007). *Ciencia y arte en la metodología cualitativa*. México, Trillas.
- MUÑOZ, Jacobo (Dir.) (2003). *Diccionario de Filosofía*. Madrid: Espasa.
- SAMSON, Steven Alan (1994). "Modelos de interpretación histórica", *Contra Mundum*, Nº 11 (Primavera), pág. 1. [Versión electrónica consultada en: www.contra-mundum.org/castellano/samson/ModelosHistoria.pdf]
- PARRA SANDOVAL, María Cristina (2008). *Las intimidades de la academia. Un estudio cuanti- cualitativo sobre la dinámica de la profesión académica*. Maracaibo: Universidad de Zulia / Vice Rectorado Académico.

PLEJANOV, Jorge (2007). *El papel del individuo en la historia. Kant contra Kant o el legado espiritual del señor Bernstein*. Madrid: Fundación Federico Engels.

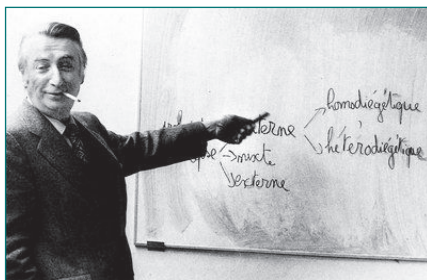
VARELA MANRIQUE, Luz C. (2010-2012). "Seminario Profesión académica e Historias de vida. Programa de tres niveles". Mérida: Universidad de Los Andes, Escuela de Historia, Departamento de Historia de América.

WHITE, Hayden (1998). *Metahistoria*. [Introducción: "La poética de la Historia"] Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

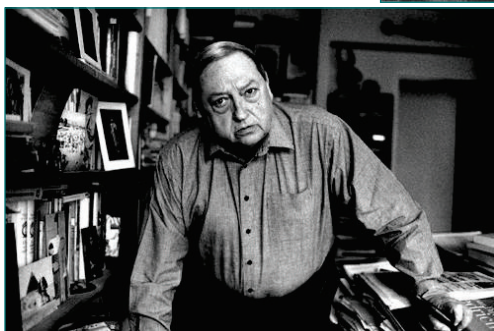
WHITE, Hayden (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona (España): Paidós / Universidad de Barcelona.



Ludwig Wittgenstein



Jacques Le Goff



Roland Barthes